

EL CASTIGO DIVINO

Orville Swindoll

Hace pocos días un amigo me hizo una pregunta acerca del castigo de Dios: «¿Será cierto que Dios castiga a los hombres? ¿No es más bien un Dios lleno de bondad y misericordia para con nosotros, que tiene en cuenta especialmente nuestra debilidad e ignorancia?»

El tema es a la vez delicado e importante. *Delicado* porque siempre debemos tener cuidado de no representar a Dios de una manera distinta de lo que es en realidad. Si comunicamos un concepto erróneo acerca de Dios, otros formularán ideas incorrectas que no sirven para orientar su conducta.

Y es un tema muy *importante* porque afecta nuestro aprecio y conocimiento de Dios. Por lo tanto, puede motivar la reverencia y la adoración o, por el contrario, producir desdén o desinterés por las cosas de Dios. Es vital que formulemos conceptos sanos, bien fundamentados y justos acerca de Dios. De otra manera, terminaremos con una caricatura o un ídolo. Y no hay ofensa mayor que pueda cometer el ser humano que la idolatría, o sea, atribuir a una idea o a un ser la veneración y el respeto que solo merece el Dios verdadero.

Pensemos en un cuadro familiar a todos. ¿Qué hacemos en casa con los deshechos, la basura, la comida que ya no sirve para poner en la mesa? Todos los que contamos con el juicio cabal entendemos que el destino de esas cosas es el tacho de basura. No podemos seguir guardando los deshechos o los restos de las comidas siempre en la refrigeradora o en la alacena, pues terminarían corrompiendo todo lo demás.

De la misma manera, uno de los problemas más importantes que toda sociedad debe resolver es lo que corresponde hacer con los criminales, los anti-sociales, los que atentan contra el tejido social. No podemos dejar que los malvados, los asesinos, los violadores y los ladrones anden en libertad, pues representarían un peligro para todos los demás.

El mundo que Dios ha creado como nuestro hábitat exige que todos vivamos en sociedad, que tengamos respeto por los derechos de los demás y que

procuremos una semblanza de armonía. Dentro de esta relación armoniosa hay mucha libertad para desarrollar y para expresar grandes diferencias entre nosotros. Pero es fundamental que nos comprometamos con el respeto mutuo y con las normas que rigen esta convivencia.

En cierto sentido la vida aquí en este mundo es una prueba, un examen que determina nuestra adaptación al plano mayor, al plano espiritual y eterno ... o bien nuestra exclusión del mismo. No podemos acceder al reino de Dios por cuenta propia. Nadie puede entrar a ese reino por su voluntad, sino conforme a lo que Dios ha determinado. Afortunadamente, Dios nos abrió la puerta de entrada a su reino divino por medio del sacrificio de Cristo Jesús en el Calvario, al pagar el precio de nuestro perdón y nuestra justificación delante de Dios. Vale decir, que él nos otorga la salvación de la corrupción de este mundo y viene a vivir su vida en nosotros. Esa vida de Cristo en nosotros es la que nos habilita para vivir eternamente en la presencia de Dios.

Ahora bien, ¿qué alternativa hay? Escuchemos las mismas palabras de Jesús al respecto, en Mateo 13:40–43:

⁴⁰Así como se recoge la mala hierba y se quema en el fuego, ocurrirá también al fin del mundo. ⁴¹El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los que pecan y hacen pecar. ⁴²Los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y rechinar de dientes. ⁴³Entonces los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol. El que tenga oídos, que oiga.

La última frase —«*El que tenga oídos, que oiga*»— es una advertencia fuerte de no desoír o ignorar esta disposición divina.

En anticipación de ese día de destino final, Jesús usó una ilustración en Lucas 13:23–27 para señalar la importancia de prevenir esa separación y asegurarse que se esté viviendo de acuerdo con la voluntad de Dios. Alguien preguntó a Jesús:

«Señor, ¿son pocos los que van a salvarse?»

La respuesta de Jesús es digna de nuestra esmerada atención:

²⁴—Esfuércense por entrar por la puerta estrecha ..., porque les digo que muchos tratarán de entrar y no podrán. ²⁵Tan pronto como el dueño de la casa se haya levantado a cerrar la puerta, ustedes desde afuera se pondrán a golpear la

puerta, diciendo: «Señor, ábrenos.» Pero él les contestará: «No sé quiénes son ustedes.» ²⁶*Entonces dirán: «Comimos y bebimos contigo, y tú enseñaste en nuestras plazas.»* ²⁷*Pero él les contestará: «Les repito que no sé quiénes son ustedes. ¡Apártense de mí, todos ustedes hacedores de injusticia!»*

La referencia de Jesús a la puerta estrecha y la puerta cerrada nos recuerda del caso de Noé en el libro de Génesis. Noé predicó la justicia y quiso preparar los corazones de los hombres de su generación contra el día inevitable del juicio divino, pero se burlaron de él. Llegó el día en que Dios mismo cerró la puerta y por mucho que la golpearan después de comenzar la lluvia y el diluvio, no hubo más posibilidad de entrada al arca.

Tomemos en serio estas enseñanzas y advertencias de Jesús a fin de encontrarnos del lado de adentro de la puerta, una vez cerrada. Dios nos extiende su invitación y nos ofrece hoy la salvación por medio de Cristo Jesús. No especulemos con la posibilidad de tomar más tarde la decisión que nos toca en el día de hoy. Cristo dijo de sí:

Yo soy el camino, la verdad y la vida ... Nadie llega al Padre sino por mí
(Juan 14:6).